

María Lorena Capogrossi
María José Magliano
DIRECTORAS

EL TRABAJO DE CAMPO DESACRA LIZADO

*Desafíos, tensiones y problemas
de la investigación cualitativa*

COLECCIÓN PRISMAS


ediciones
CIECS

Metodologías invisibles: reflexiones acerca de hacer trabajo de campo sobre cuidados

Sofía Arrieta, Consuelo González Clariá y Clara Presman

Introducción

Este capítulo pone una lupa sobre la dimensión metodológica de investigaciones cualitativas que abordan trabajos de cuidado remunerados, tanto en el ámbito comunitario como en casas particulares ubicadas en barrios cerrados de la ciudad de Córdoba⁷. Reflexionar sobre metodología nos desafió y tensionó durante todo el proceso de escritura. Si bien resulta una parte fundamental de cualquier investigación, pensar qué hace ella con nosotras como investigadoras y qué decisiones tomamos a la hora de emprender el trabajo de campo nos llevó a embarcarnos

7 Los barrios cerrados son urbanizaciones que cuentan con muros y barreras que limitan y controlan el ingreso de quienes entran y salen, y poseen vigilancia las 24 horas del día.

en una travesía más compleja aún. Utilizamos la metáfora de la lupa porque, justamente, las reflexiones se entraman alrededor de pequeñas contradicciones y dificultades cotidianas que se suceden durante una investigación, que muchas veces pasan desapercibidas y que, sin embargo, afectan de manera directa la construcción de las fuentes, el acceso al campo y la construcción de los resultados.

El presente capítulo recupera experiencias de investigación sobre trabajos de cuidado remunerados realizados por mujeres de sectores populares en la ciudad de Córdoba durante los últimos años. Los cuidados incluyen, en un sentido amplio, a todas aquellas actividades necesarias para el sustento y la mejora de la vida humana (Gherardi, Pautassi y Zibecchi, 2012). En este caso, la mirada se sitúa en trabajos de cuidado en el ámbito comunitario, que cuentan con al menos una parte de sus actividades remuneradas a través de programas sociales implementados por el Estado nacional, provincial y/o municipal, y trabajos de cuidado que se desarrollan en casas particulares. Sobre estas experiencias se organizan nuestras reflexiones. En el primer apartado, abordamos el problema que se presenta a la hora de la construcción de las fuentes al mirar prácticas invisibilizadas e históricamente naturalizadas vinculadas con los cuidados. Las autoras de la economía feminista ya advirtieron los sesgos que pueden poseer las herramientas metodológicas y las técnicas de recolección de datos cuando han sido concebidas desde perspectivas androcéntricas, propensas a considerar aquello asociado al *varón, blanco, de clase media, occidental y heterosexual* como el lugar de referencia de la práctica social, invisibilizando acciones, sentidos y relaciones protagonizadas por otros sujetos sociales. Los cuidados constituyen, quizás, el más claro ejemplo de este poder de ceguera, capaz de ocultar acciones omnipresentes en nuestras vidas cotidianas e imprescindibles para la supervivencia. Su reciente reconocimiento como trabajo —declarado

esencial durante la pandemia de Covid-19— y sus incipientes marcos legales dan cuenta de procesos de naturalización todavía vigentes que reconocen y remuneran una parte de estos trabajos mientras otros permanecen aún a oscuras. Este reconocimiento nos obliga a repensar las estrategias de registro y construcción de fuentes: *¿cómo preguntar sobre aquello que se mira y no se ve porque siempre estuvo ahí?, ¿cómo registrar lo aparentemente obvio, lo instalado como natural, aquello que nunca vimos suceder de otra forma?* El lento proceso de visibilización de los trabajos de cuidado y la disputa por sus límites en el contexto actual desafía nuestro quehacer metodológico y nos invita a dar cuenta de los modos utilizados para reponer y fundamentar nuestros hallazgos.

En el segundo apartado, tomamos la propuesta planteada por Silvia Elizalde (2006) de utilizar el género como un mapa para mirar los espacios más que como un atributo de las personas. En esta dirección, nos preguntamos por los espacios que se instalan como plausibles para indagar esta temática —y aquellos que no—, y las consecuencias metodológicas que generan a la hora de construir el acceso al campo. Quizás una de las particularidades distintivas de los trabajos de cuidado es la centralidad de la relación social para su desarrollo (Gherardi, Pautassi y Zibecchi, 2012). Quien cuida, cuida siempre a otro/a, lo cual constituye a la tarea de cuidar en una práctica intrínsecamente social y relacional que en su gran mayoría requiere de la presencia física de cuidadores/as (Carrasco, 2009; Herrero, 2016). De este modo, el proceso de cuidado y de los cuerpos que participan se conecta con un espacio concreto.

En esta línea, estudios como el de Eleonor Faur y Francisca Pereyra (2018) han demostrado cómo los cuidados adquieren heterogéneas características al ser atravesados por su inscripción territorial y de género, traducción mediada, a decir de Pierre Bourdieu (2007), de las desigualdades sociales. Así, tanto los trabajos de cuidado que se desarrollan en

espacios comunitarios en las periferias urbanas como aquellos que se desenvuelven en casas particulares localizadas en barrios cerrados adquieren características propias de los territorios donde se producen e inciden directamente en las estrategias metodológicas que se despliegan durante el trabajo de campo. En este sentido, mientras el acceso a los espacios de cuidado comunitario ubicados en barrios populares es relativamente fácil, las casas particulares se vuelven inaccesibles para la investigación. En ambos casos, se trata de mujeres —nosotras— investigando trayectorias y experiencias laborales de otras mujeres, que en general pertenecen a otra clase social, en ámbitos históricamente asignados a nuestro género, como el doméstico o el comunitario. Desde esta premisa, exponemos reflexiones en torno al ingreso al campo recuperando una discusión de larga data en las ciencias sociales en relación con lo que supone el cuerpo presente. El “estar ahí”, que fue instituido como expresión canónica por Clifford Geertz y que “constituye la fuente del carácter persuasivo del texto antropológico” (Geertz, 1989: 14), es en esta ocasión un lugar productivo para el surgimiento de hallazgos teóricos y metodológicos: *¿cómo construimos estrategias metodológicas que nos permitan indagar en los trabajos de cuidado remunerados sin desarmar la relación intrínseca que poseen con los territorios en los que se enraízan? ¿Qué pasa cuando no se puede estar ahí?* Aun cuando en estas páginas no encontremos respuestas cerradas a estos interrogantes, consideramos como punto de partida que el “estar ahí” evoca simultáneamente tanto el sitio físico donde se lleva a cabo el trabajo de campo como el espacio epistemológico de la investigación etnográfica, destacando su relevancia como un terreno fértil para el surgimiento de descubrimientos teóricos y metodológicos que consideramos valiosos.

Hacer visible lo invisible, el camino hacia la construcción de las fuentes

En las últimas décadas, se enfatizó la importancia de ubicar los trabajos de cuidado, fueran remunerados o no, como necesidad primordial y fundamental —aunque invisibilizada— del sistema económico, y a las mujeres principales encargadas de estos trabajos como sostenedoras de todo el entramado social y económico (Rodríguez Enríquez, 2018). Sin perder de vista la multiplicidad de dimensiones de la desigualdad —clase social, actividad laboral, origen nacional, edad, hábitat rural o urbano, estatus migratorio—, a partir de nuestras indagaciones sostenemos que el género ocupa un rol fundamental para entender los cuidados y su desigual distribución social: “son las mujeres las que, en línea con el rol de responsables últimas (o únicas) del bienestar familiar, multiplican e intensifican sus trabajos remunerados y no remunerados, para que la vida salga adelante” (Agenjo-Calderón, 2013: 25). Para ello, se torna indispensable derivar la responsabilidad de sostener la vida a las esferas económicas invisibilizadas, sumergidas y feminizadas. La histórica invisibilización de las tareas de cuidado responde no solo a la persistencia “de un discurso dominante sobre cierta espontaneidad de tales tareas, sino también a un profundo desconocimiento y a una escasa valoración de las competencias, saberes y habilidades que han incorporado las mujeres en diversos ámbitos” (Zibecchi, 2014: 136).

En la última década se registraron en Argentina avances significativos en el reconocimiento y legislación sobre los trabajos de cuidado⁸,

8 En Argentina, no fue sino hasta 2013 que se sancionó la Ley N° 26.844 (*Régimen Especial de Contrato de Trabajo para el Personal de Casas Particulares*). En consonancia con los planteos de la Organización Internacional del Trabajo y su Convenio 189 de 2011, apuntó principalmente a equiparar los derechos de las trabajadoras que realizan tareas

especialmente aquellas tareas realizadas en el ámbito doméstico de manera remunerada. Sin embargo, los trabajos de cuidado en entornos comunitarios fueron reconocidos como tales más recientemente como parte del amplio espectro de la economía popular⁹. Este lento proceso de reconocimiento trae consigo disputas en torno a su conceptualización y a la definición de sus límites, en los cuales se define también aquello que debe ser remunerado y aquello que no. Nuestros trabajos de campo realizados en los últimos años coincidieron con los primeros diez años de la sanción de la ley que busca regular a los trabajos de cuidado que se desarrollan en casas particulares y con las disputas de los movimientos sociales por el financiamiento, la definición de los trabajos de cuidado comunitario como tales y las demandas de políticas públicas tendientes a garantizar fondos (también públicos) para su sostenimiento.

La larga historia de naturalización e invisibilización de los trabajos de cuidado tiene como consecuencia que, incluso cuando se realizan de manera remunerada, un gran abanico de actividades continúan sin ser reconocidas como trabajo, entremezcladas con el afecto, el compromiso con los territorios y/o con quienes reciben los cuidados, a veces incluso por las propias trabajadoras. Un ejemplo de ello emergió en el trabajo de campo con trabajadoras de casas particulares, en tanto hay tareas que se incorporan a la jornada laboral porque niños o niñas receptores/as de cuidados lo piden, o bien porque algunas tareas son concebidas como obvias aunque no estén incluidas en el pago, como cocinar el almuerzo

domésticas y de cuidado en casas particulares con los que rigen para el resto de los/as trabajadores/as.

- 9 Los/as trabajadores/as de la economía popular son definidos en el Registro Nacional de Trabajadores de la Economía Popular como aquellos/as que “crean su propio trabajo a partir de sus saberes y oficios, en unidades productivas individuales o colectivas que están inscriptas en relaciones asimétricas en el ámbito financiero, comercial o fiscal”.

Extraído de: <https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/renatep>.

cuando la tarea es cuidar personas. *¿Cómo esta naturalización e invisibilización tensionan nuestras herramientas metodológicas? ¿Qué distancias surgen en los relatos de nuestras interlocutoras al ser consultadas por las tareas que comprende su trabajo y las tareas que cotidianamente hacen en sus lugares de trabajo?* De algún modo, estudiar los cuidados implica documentar prácticas que están naturalizadas e invisibilizadas incluso para quienes las realizan.

Ahora bien, la naturalización e invisibilización presente en los trabajos de cuidado no se agota en las actividades involucradas en las casas particulares. En los comedores comunitarios donde realizamos trabajo de campo, muchas de las mujeres que se ocupaban de preparar las meriendas y servir las, y por ello recibían una remuneración a través del Salario Social Complementario y luego, desde 2020, del Potenciar Trabajo¹⁰, al mismo tiempo cuidaban de sus hijos/as. En ese marco, nos preguntamos sobre los límites del trabajo remunerado en entornos donde lo familiar, lo comunitario y lo laboral aparecen fuertemente entremezclados.

Estos trabajos atraviesan los bordes entre el espacio público y el privado, entre el espacio doméstico y aquel destinado al trabajo, situándose en ellos de manera transversal. En estas prácticas, como da cuenta Florencia Pacífico (2019), la casa y el barrio no se constituyen como espacios nítidamente diferenciados. Sus límites se presentan de manera borrosa y distinguir el límite entre el trabajo de cuidado comunitario y el trabajo de cuidado no remunerado familiar puede resultar una tarea

10 El Salario Social Complementario (SSC) entró en vigencia en 2016 durante la presidencia de Mauricio Macri (2015-2019). Se trataba de un monto mensual correspondiente al 50% del salario mínimo, vital y móvil. En 2020 lo reemplazó el Potenciar Trabajo, durante el gobierno de Alberto Fernández (2019-2023).

difícil, lo cual sitúa nuestro trabajo de campo en ambos espacios y en el borde poroso entre ellos.

En las entrevistas con las trabajadoras de espacios comunitarios, la identificación que tienen con el cuidado como un trabajo, es decir *aquellos por lo cual son remuneradas*, es en el acto de cocinar y lo que está estrictamente vinculado con él, tal como lavar las verduras, pelarlas, limpiar la cocina, servir la copa de leche. Sin embargo, suceden en simultáneo una variedad de tareas en las cuales los cuidados se hacen presentes: el cuidado de los hijos/as y/o hermanos/as menores y de otros niños que encuentran en estos espacios un lugar de contención —algunos de ellos con tareas escolares, otros muy pequeños que requieren una mirada muy atenta—, la gestión de conseguir los alimentos, los traslados por la ciudad para buscarlos o comprarlos, la limpieza y el orden de los espacios. En sus relatos, estas tareas simplemente no aparecían, se hicieron visibles a partir de *estar ahí*. Fue la observación participante la que nos permitió reponer estas prácticas e incorporarlas en las entrevistas y abordar lo problemático y difuso de ese límite. Se abre aquí la tensión que proponen Frida Gorbach y Mario Rufer (2016) sobre cómo producimos las evidencias sobre las cuales apoyamos una investigación. En los trabajos de cuidado comunitario, la vieja noción del *estar ahí* de la disciplina antropológica sigue siendo un punto nodal para construir las fuentes y, en este caso, poder captar los límites de nuestro objeto de estudio. En contraparte, se impone la pregunta por los límites de la entrevista para dar cuenta de estas prácticas.

Como sabemos, las entrevistas representan un medio para acceder a las apreciaciones que los sujetos tienen y lo que dicen sobre su propio mundo. Su potencialidad para comprender los fenómenos sociales desde el punto de vista de sus protagonistas la erige como una de las herramientas preferidas de la metodología cualitativa en las ciencias sociales

para construir las fuentes de nuestras investigaciones. Sin embargo, allí el discurso es el protagonista y corremos el riesgo de caer, como afirma Rosana Guber (2005), en la ilusión positivista de que para saber algo basta con preguntarlo.

Al explorar sobre las características del trabajo de cuidado en casas particulares en contextos de barrios cerrados, definimos trabajar con trabajadoras y con empleadoras. En ambos casos, la estrategia metodológica protagónica fueron las entrevistas semi-estructuradas: a las trabajadoras, en bares o plazas luego de la jornada laboral (no fue posible hacerlas en los barrios donde trabajaban); a las empleadoras, en sus propias casas. En los encuentros con las empleadoras, de manera recurrente manifestaron que las tareas que sus empleadas realizaban eran aquellas “acordadas por ley”. Sin embargo, al profundizar en los diálogos, muchas veces corriendo el guion establecido y conversando sobre otros temas, aparecían otras tareas no mencionadas previamente y que no formaban parte de las obligaciones establecidas “por ley”: “a veces mi hija más chica le pide que la haga dormir la siesta en vez de a mí, la aman” (fragmento de entrevista a empleadora, Córdoba, abril de 2022). El amor, el afecto, los lazos de confianza tiñen aquello que también es trabajo y la existencia de mandatos de género en torno a esta predisposición al cuidado complejiza el límite entre lo que se espera de ellas en tanto trabajadoras y lo que se espera en tanto mujeres. Ambas expectativas se encuentran presentes en la práctica del trabajo de cuidado, sin embargo, una se percibe y se remunera y la otra no. *¿Cómo afecta esto la construcción de nuestros datos? ¿Se considera trabajo solo lo que nuestras entrevistadas entienden como tal?*

Los modos de nombrar, de percibir y de decir de las trabajadoras del cuidado traza una línea divisoria para trabajar con el discurso y pone en tensión el lugar que le damos al punto de vista de las personas en la

concepción de sus propias prácticas. Y es aquí donde nuestro ojo y la escucha deben agudizarse para captar y registrar aquello que parece no ser dicho. En este marco, el arte de no ir al grano planteado por Guber (2005) y la atención flotante y la re-pregunta pueden ser potentes estrategias para acceder desde distintos lugares a las mismas prácticas para comprender cómo mutan los sentidos que las constituyen. Asimismo, estas estrategias precisan una atención especial de quien entrevista para no forzar y hacer decir a las fuentes cosas que no dicen. El proceso de hacer visible lo invisible requiere de una vigilancia epistemológica atenta que encienda alarmas cuando los esfuerzos vayan en pos de sustentar nuestras hipótesis más que de vislumbrar ese *otro oculto* (Pérez Orozco y Agenjo-Calderón, 2018).

En síntesis, la larga trayectoria de invisibilización y naturalización de los trabajos de cuidados tensiona la producción de la evidencia al preguntar sobre lo obvio, sobre lo que siempre fue de ese modo y por lo tanto no se ve. Es allí donde se requiere un esfuerzo metodológico extra y también donde las investigaciones pueden hacer quizás un hallazgo más significativo. Correr el velo de la invisibilización supone un desafío en tanto y en cuanto es necesario recuperar los sentidos que las personas les asignan a sus prácticas en simultáneo con su problematización. La lucha por los límites de la definición de los trabajos de cuidado y por los márgenes de lo que debe ser remunerado y lo que no, nos invitan a estar atentas al lugar que le damos al punto de vista de las personas en nuestros análisis. Se trata de tensionar los discursos que reponemos sin desarmar el punto de vista del otro/a y explicitando nuestros marcos de interpretación. La reflexión crítica sobre la forma en la que producimos la evidencia constituye entonces una forma de alejarla tanto de la ilusión positivista de *mostrar lo que existe* como de ubicarnos en el lugar de simples mensajeras de realidades invisibilizadas. Revisitar y reflexionar

sobre nuestras estrategias metodológicas, en este caso, de construcción y análisis de los datos, es entonces una tarea que materializa el lugar desde donde se realiza la investigación y desde donde se analiza. En el mismo sentido, podemos preguntarnos por el lugar corporizado desde el cual accedemos al campo y desentrañar, siguiendo a Frida Gorbach y Mario Rufer (2016), el modo en que nuestras investigaciones se tornan “factibles”.

Los cuidados enraizados en el territorio: los desafíos del acceso al campo

Como anticipamos, los trabajos de cuidado involucran una relación activa con otros/as. Una relación que se establece entre trabajadora y empleadora, pero también —y a los fines de este estudio es clave— entre trabajadora e investigadora. En el caso de nuestras investigaciones, la pregunta ronda en torno a cómo las desigualdades de género, raza y clase presentes entre quien investiga y quien es investigada inciden en los procesos que estudiamos, con especial énfasis en la corporización de la práctica científica.

Solo con hacer una pequeña revisión de antecedentes basta para intuir que, del mismo modo en que las mujeres son las responsables predilectas de brindar los cuidados, somos también las principales interesadas en investigarlos, coincidencia que dicta facilidades y obstáculos para los procesos de investigación. Según diversos autores y autoras (Sierra Caballero, 2019; Merlinsky, 2016), la confianza es una condición fundante para la realización de una “buena” investigación cualitativa, lo cual se construye básicamente a partir de identificaciones y puntos de encuentro con el/la otro/a. En ese mismo sentido, y como señala Marcio

Goldman (2006: 167), “hacer trabajo de campo consiste menos en «dialogar con» —en el sentido literal de conversar-con o escuchar a— los otros, y más en atravesar una «experiencia personal» con experiencias de los otros”. El hecho de ser mujeres quienes cuidan, quienes son responsables de contratar a quienes van a cuidar en sus propias viviendas y quienes investigan cuidados, nos llevó a pensar acerca del lugar que ocupa el género y la pertenencia de clase en las condiciones de posibilidad para investigar ciertos temas, como aquellos relacionados con los cuidados. La viabilidad de que las mujeres nos abrieran las puertas de sus casas, así como de poder pasar tiempo con ellas en las cocinas y en los espacios de cuidado comunitario, posiblemente tenga por detrás un fundamento vinculado al género. La importancia de los mates en la cocina, de la ronda de consejos frente a los problemas cotidianos, de los relatos sobre violencias y las complejidades del cuidado de niños y niñas es quizás uno de los aspectos más ricos y menos visibilizados metodológicamente de los estudios sobre cuidados. Lograr entrar a estos círculos de confianza y registrar lo que allí acontece es un acceso al campo corporizado y que pocas veces es explicitado en los apartados metodológicos.

Algo similar podríamos decir respecto de las empleadoras y la factibilidad de concretar las entrevistas con ellas. Esto implica reconocer el lugar que ocupa el género —nuestro género— en las posibilidades o imposibilidades de las investigaciones que nos trazamos. No es que avalemos la existencia de temas “de mujeres” o “para mujeres” (algo similar se podría pensar respecto de temáticas asociadas a “los varones”), sino que es preciso considerar esta dimensión a la hora de pensar una estrategia metodológica. Concebir al género como un mapa o cartografía para los espacios, del modo que lo plantea Elizalde (2006), nos permitió preguntarnos cuánto de nuestra condición de mujeres permea los canales

de acceso al campo que utilizamos como investigadoras. La experiencia compartida de la socialización femenina en nuestras sociedades, atravesada por la disposición a cuidar y la facilidad para expresar y compartir los problemas comunes que produce, constituye a veces un puente para estas confianzas y complicidades presentes en el trabajo de campo que permite aminorar levemente las distancias sociales que nos separan de las mujeres con quienes investigamos.

La producción de los espacios según el género configura entonces una primera dimensión de cómo se territorializan los cuidados; la existencia de espacios feminizados. Queda flotando la pregunta *¿qué cuerpos pueden ingresar a dichos campos para investigar?* Hasta aquí hemos desarrollado la dimensión de género que configura el acceso al campo, pero este interrogante tiene una segunda dimensión que se entrama con la primera: la de la pertenencia de clase. Nuestras investigaciones sugieren que la distribución geográfica de los cuidados tiene repercusiones significativas en las estrategias metodológicas empleadas para estudiarlas. Las desigualdades sociales entre nosotras y las trabajadoras del cuidado, ya sean quienes se desempeñan en los espacios comunitarios como quienes lo hacen en casas particulares, y entre nosotras y las empleadoras que residen en barrios cerrados marcan también el ritmo y las posibilidades de nuestras investigaciones.

En los territorios habitados por los sectores acomodados el *estar ahí*, tan relevante en el debate antropológico, encontró su mayor desafío. En los barrios cerrados, espacios privilegiados para la investigación de los trabajos de cuidado remunerados debido a que casi todos los residentes cuentan con al menos una trabajadora, la circulación está fuertemente controlada. Asimismo, al interior de las viviendas, la pregunta incómoda —*¿por qué en barrios cerrados?*— fue uno de los cuestionamientos que hubo que responder de manera reiterada. Esto en gran parte se debe

a la escasez de estudios que incorporen las prácticas y el punto de vista de estos grupos sociales en problemáticas que los incluyen. En estos sectores, el acceso a las viviendas *donde el trabajo de cuidado sucede* para realizar observación participante con las trabajadoras no fue posible, la estrategia desplegada entonces fue entrevistar a las empleadoras. Estas limitaciones potenciaron la creatividad y la posibilidad de explorar otras formas de las herramientas de observación y registro disponibles y de identificar algunos elementos que se volvieron la llave para ingresar al campo: contar con movilidad propia y una corporalidad femenina y blanca fue fundamental. De modo que además del género y la clase, la raza ocupa también un lugar relevante en las investigaciones. Así como los cuidados se encuentran enraizados en cuerpos y territorios específicos, la práctica científica también. Nuestro cuerpo, el de las investigadoras, ese instrumento tan esencial y naturalizado de las metodologías cualitativas ocupó en ocasiones un lugar clave en el trabajo de campo en función de los atravesamientos de clase y género. La manera en que los cuerpos habitaban los espacios y eran percibidos tanto por nosotras como por nuestras interlocutoras dejó de manifiesto su racialización. La similitud de nuestros rasgos con los de las empleadoras generó una identificación que devino en sentimientos de confianza y complicidad en la investigación con empleadoras.

En el otro polo, al situar nuestra investigación en espacios habitados por clases populares fue necesario, tal como señalan María Lorena Capogrossi y María José Magliano en el primer capítulo, reparar en el modo en que son tratados metodológicamente los vínculos que se construyen en el campo. Nuestros cuerpos en los barrios pertenecientes a clases populares, donde proliferan los espacios de cuidado comunitario, son claramente distintos. Nuestra presencia no pasa desapercibida y la posibilidad de *estar ahí* es favorecida por experiencias compartidas de

género, pero también por un cierto lugar de poder que nos otorga la academia. Como también sugieren ellas, la Universidad es una institución que abre puertas y que facilita el acceso al campo (tanto en los sectores populares como también en los más acomodados). De todos modos, la Universidad no el único actor público con presencia en esos espacios, la predisposición a responder por parte de los y las interlocutoras, se apoya en una larga tradición de prácticas estatales de control y policiamiento de sus vidas cotidianas que expone sistemáticamente a estos sectores a dar cuenta de aspectos de su vida privada frente a personas lejanas en términos sociales y simbólicos.

Estas complejidades nos remiten a la imposibilidad de lo que Santiago Castro Gómez (2005: 18) nombra “la hybris del punto cero”, es decir, de hablar desde ningún lugar. He aquí la importancia de reponer los canales de acceso al campo, los obstáculos y posibilidades que el género, la clase y la raza les imprimen a las investigaciones. Lejos de entender estas reflexiones como un mero escenario, entendemos que también nos ubica en la responsabilidad de dar cuenta del lugar corporizado desde el cual se piensa, se escribe y se analiza.

Reflexiones finales

Hemos reconstruido hasta acá una serie de nudos que identificamos como problemáticos al momento de reflexionar en torno a la metodología de investigaciones cualitativas sobre trabajos de cuidado en el contexto actual. Particularmente, nos preguntamos por nuestro quehacer en el trabajo de campo y por los dilemas que las herramientas metodológicas nos plantean al abordar esta temática, cuya consideración se atraviesa muchas veces en soledad. El ejercicio que adoptamos intentó

correr la atención de aquello que tenemos resuelto para ponerla en lo que nos resulta difícil o incómodo, en los límites de las estrategias elegidas o disponibles y en las consecuencias que tiene su uso en términos teóricos y personales.

El diálogo con nuestras investigaciones dio como resultado la certeza —siempre provisoria— de que la naturalización de dichas prácticas plantea desafíos metodológicos a las investigaciones sobre las cuales pocas veces se posa la mirada. Los trabajos de cuidado remunerados son, como insistimos en estas páginas, tan imperceptibles como necesarios y su visibilización así como su conceptualización en tanto trabajos todavía es una tarea pendiente. A fuerza de repetición e invisibilización, gran parte de las acciones y sentidos que constituyen el centro de nuestras investigaciones pasan desapercibidas en la vida cotidiana de las personas que las realizan y las reciben. Así como las fronteras entre lo remunerado y lo no remunerado son difusas, los sentidos que las personas les asignan se presentan como porosos y plagados de historicidad. Dicha amplitud y complejidad plantea desafíos para su abordaje metodológico: *¿qué desafíos aparecen en el uso de estrategias tradicionales de las ciencias sociales, como la observación participante y la entrevista, para indagar los cuidados?*

La presencia de quien investiga en el campo constituye, según estas reflexiones, una estrategia metodológica clave para sortear la complejidad y el carácter resbaladizo de los trabajos de cuidados. La posibilidad de *estar ahí*, de observar lo que las personas hacen y no únicamente lo que nombran, y el desafío de tensionar analíticamente las distancias entre la acción y el discurso, entre la práctica de trabajo y lo que se reconoce como tal, ubican la observación participante y la entrevista, en este escrito, como estrategias metodológicas complementarias. Pensar cómo pueden combinarse, flexibilizarse y ponerse en tensión para evitar

sesgos, para apuntalar nuestra vigilancia epistemológica y para reponer honestamente sus limitaciones a la hora de construir fuentes y evidencias de nuestros hallazgos constituyó uno de nuestros objetivos.

Acto seguido, el consenso en torno a la importancia del *estar ahí* antropológico nos enfrentó a uno de los límites de las estrategias metodológicas que emergió con mayor fuerza: el acceso al campo. En los trabajos de cuidados, siempre se cuida a un otro/a en unas coordenadas de espacio y tiempo específicas constituyéndose como prácticas sociales intrínsecamente relacionales y territorializadas. *¿Cómo impacta esta característica en nuestras herramientas de investigación? ¿Cómo inciden los cuerpos que investigan, nuestros cuerpos, en el acceso y la permanencia en el campo?* Sobre este punto se erige la primera limitación en el acceso al campo, que tiene que ver con los espacios donde los cuidados que se desarrollan son concebidos históricamente como femeninos. Esto da lugar a la pregunta por nuestra condición de investigadoras mujeres, tanto en relación con la preeminencia de mujeres interesadas en investigar esta temática como en la incidencia de nuestra identidad de género y nuestra corporalidad en la posibilidad de entrar, permanecer y acceder a información sobre estas temáticas. Asimismo, la presencia transversal de los cuidados en todos los estratos de nuestra sociedad configura un desafío para su comprensión.

En síntesis, el ejercicio de reponer aquello que por lo general no mostramos de los procesos de indagación nos develó el lugar clave que poseen para que volverlos posibles; la construcción de la confianza con nuestras interlocutoras, las consecuencias de los lugares epistemológicos que asumimos y las posibilidades de encontrar el borde de nuestras competencias y herramientas investigativas. A este desafío pretendimos abonar siguiendo a Leonard Cohen cuando afirma que “hay una grieta en todo, así es como entra la luz”, y algo de eso hay en los

procesos de investigación: los resquebrajamientos son tan necesarios como productivos.

Bibliografía

- Agenjo-Calderón, Astrid (2013) “Economía feminista: los retos de la sostenibilidad de la vida”. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 8, 15-27.
- Bourdieu, Pierre (2007) *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carrasco, Cristina (2009) “Mujeres, sostenibilidad y deuda social”. *Revista de Educación*, 1, 169-191.
- Castro-Gómez, Santiago (2005) *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Elizalde, Silvia (2006) “El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles”. *Última Década*, 25, 91-110.
- Faur, Eleonor y Pereyra, Francisca (2018) “Gramáticas del cuidado”. En Juan Ignacio Piovani y Agustín Salvia (coords.), *La Argentina en el Siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual*, pp. 497-582. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Geertz, Clifford (1989) *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Gherardi, Natalia; Pautassi, Laura; y Zibecchi, Carla (2012) *De eso no se habla: El cuidado en la agenda pública. Estudio de opinión sobre la organización de cuidado*. Buenos Aires: Equipo Latinoamericano de Justicia y Género.

- Goldman, Marcio (2006) “Alteridade e experiência: antropologia e teoria etnográfica”. *Etnográfica. Revista do Centro em Rede de Investigação em Antropologia*, 10-1, 159-173.
- Gorbach, Frida y Rufer, Mario (2016) “Introducción”. En Frida Gorbach y Mario Rufer (coords.), *(In)disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo y escritura*, pp. 9-24. México: Siglo XXI.
- Guber, Rosana (2005) *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Herrero, Yayo (2016) “Economía feminista y economía ecológica, el diálogo necesario y urgente”. *Revista de Economía Crítica*, 2-22, 144-161.
- Merlinsky, Gabriela (2016) “La entrevista como forma de conocimiento y como texto negociado: notas para una pedagogía de la investigación”. *Cinta de Moebio: Revista Electrónica de Epistemología de Ciencias Sociales*, 27, 27-33.
- Pacífico, Florencia (2019) *Producir política desde las casas. Etnografía de procesos de organización colectiva de mujeres titulares de programas estatales*. Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad Nacional de Buenos Aires. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/11268>.
- Pérez Orozco, Amaia y Agenjo-Calderón, Astrid (2018) “Economía feminista: viva, abierta y subversiva”. *Dossieres EsF*, 29, 6-10.
- Rodríguez Enríquez, Corina (2018) “Economía del cuidado y desigualdad en América Latina: Avances recientes y desafíos pendientes”. En Cristina Carrasco Bengoa y Carme Díaz Corral (eds.), *Economía feminista. Desafíos, propuestas, alianzas*, pp. 143-166. Barcelona: Madreselva.
- Sierra Caballero, Francisco (2019) “La entrevista en profundidad. Función, sentido y técnica”. En Jorge González y Cecilia Krohling

- Peruzzo (eds.), *Arte y oficio de la investigación científica: cuestiones epistemológicas y metodológicas*, pp. 301-379. Quito: Ciespal.
- Zibecchi, Carla (2014) “Cuidadoras del ámbito comunitario: entre las expectativas de profesionalización y el «altruismo»”. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 50, 129-145.